

“¡Ven, y Sígueme!”

Homilía para la Misa de Acción de Gracias del
Padre Jesus Alatorre Silva en
en Tecomán, Colima, México
Viernes 13 de Julio de 2018
Isaías 49:1-6; Mateo 9:9-13

Reverendísimo Señor Joseph J. Tyson
VII Obispo de Yakima

“¡Ven, y sígueme!” Estas son las palabras de Jesucristo a Mateo en el Evangelio. Estas son también las palabras de Jesucristo para su hijo aquí en Tecomán - Jesús Alatorre. ¿Que significan estas palabras al considerar la ordenación sacerdotal de Jesús Alatorre?

“¡Ven, y sígueme!” El Papa Emérito Benedicto Dieciséis nos dice que a nivel básico, la frase “Ven, y sígueme” “... es la vocación cristiana que nace de la propuesta de amor del Señor y que sólo puede ser satisfecha por nuestra propia respuesta amorosa. Jesucristo invita a sus discípulos a entregar sus vidas completamente, sin cálculos o interés personal, con una confianza plena en Dios. Los santos aceptan esta invitación exigente y emprenden el mismo caminar de Cristo Crucificado y Resucitado con humilde docilidad. Su perfección, en la lógica de la fe en muchas ocasiones es humanamente incomprensible, consiste ya no en ponerse así mismos como el centro, si no en el elegir ir contra la marea, viviendo en línea con el Evangelio.” (*Homilía 11 de octubre de 2009*)

¿A que se parece esta “lógica de la fe”? Basándose en las ideas del Emérito Papa Benedicto, el Papa Francisco realza la famosa pintura titulada “La Vocación de San Mateo” del pintor Italiano Caravaggio. En esta pintura Jesucristo - y no Mateo - tiene un lugar de prominencia. Quien ve la pintura puede notar primero cómo la mano de Cristo esta apuntando hacia Mateo con los otros dos en la mesa imitando y confirmando la vocación de San Mateo.

El Papa Francisco nota lo siguiente: “Es el gesto de Mateo lo que me impresiona: se aferra a su dinero como diciendo, ¡‘oh no, yo no! No, este dinero es mío.’ Heme aquí, este soy yo, un pecador en el cual el Señor a puesto su mirada. Y eso fue lo que dije cuando me preguntaron que si aceptaba la elección como Pontífice.” Y luego el Papa le susurra en latín al Padre Spadaro, quien lo está entrevistando para una serie de publicaciones Jesuitas: “Soy un pecador, pero confío en la infinita misericordia y

paciencia de nuestro Señor Jesucristo, y acepto en un espíritu de penitencia.”
(*Entrevista con el P. Antonio Spadaro, 9 de septiembre de 2013*)

Al final, esta invitación “¡Ven, y sígueme!” Quiere decir ven como así como tú eres. Ven con tus dones y con tus talentos. Nosotros venimos con nuestros pecados y nuestras limitaciones humanas. Aún más, como misioneros en Norte América, el responder a esta invitación significa dejar muchas cosas que valoramos y atesoramos. Dejamos nuestro idioma. Dejamos nuestra cultura. Dejamos nuestra familia en México, dejamos las cosas que más atesoramos.

Hacemos esto, no porque ya no valoramos a nuestros amigos, a nuestra familia, nuestro idioma o la cultura de nuestra tierra. Hacemos esto para que nuestras manos estén abiertas a recibir nuevos amigos, nuevas culturas y una nueva familia. Dejamos los tesoros para seguir el gran tesoro que es nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Es por eso que vengo aquí hoy. Vengo a aquí no simplemente para acompañar a mi nuevo hermano sacerdote, Jesus Alatorre, al ofrecer a Dios todo lo que valora y atesora en todos ustedes. Si no que vengo también a acompañarlos a todos ustedes al ofrecer unos de sus grandes tesoros - Jesus Alatorre. Vengo como peregrino a este sagrado santuario de nuestra señora de la Candelaria. Vengo a agradecerles a todos ustedes por dejar ir este joven a quien valoran mucho, hijo nativo de Tecomán, quien se ha convertido en un sacerdote al servicio de la Diócesis de Yakima en el Estado de Washington.

En todo esto, espero que ustedes vean que no están perdiendo a un sacerdote. Si no que ustedes están enviando un misionero. Tres cuartas partes de los parroquianos en la Diócesis de Yakima atienden Misa en Español. Como obispo diocesano de Yakima, mi caso es algo único. Yo fui bautizado en la Catedral de la que hora sirvo como obispo. El Español siempre se ha hablado en la parte Central de Washington desde el tiempo de la Segunda Guerra Mundial. Cuando los Estados Unidos envió un ejército de hombres a luchar en Europa y en el Pacífico, México envió un ejercito de trabajadores de la agricultura para que tuviéramos comida en nuestros hogares. Esta situación de emigrar al Valle de Yakima ha estado pasando durante toda mi vida. Es por eso que aunque soy el primero obispo nacido en Yakima que ahora pastorea esa Diócesis, también soy misionero. He tenido que aprender español para poder ser misionero en el lugar donde nació.

“¡Ven, y sígueme!” Estas palabras de Jesucristo en el Evangelio también los marcan a ustedes como misioneros. “Ven, y sígueme”, es una invitación de Jesucristo para cada uno de nosotros. ¿Cómo, cada uno de nosotros, puede seguir a Jesucristo mejor

desde donde está? ¿Cómo, cada uno de nosotros, puede seguir a Jesucristo mejor desde donde vive? ¿Cómo, cada uno de nosotros, puede seguir a Jesucristo de tal manera que construyamos puentes y no muros? ¿Cómo, cada uno de nosotros puede seguir a Jesucristo de tal manera que compartamos “La Buena Nueva” y no “Noticias Falsas”? ¿Cómo, cada uno de nosotros puede seguir a Jesucristo al apoyar y atender a los refugiados en nuestra propia frontera Mexico-Americana? ¿Cómo, cada uno de nosotros podemos seguir a Jesucristo a través de las tensiones políticas y diplomáticas de nuestros días? ¿Cómo, cada uno de nosotros podemos seguir a Jesucristo en medio de la violencia que retumba en nuestro sistema político, ya sea aquí en Tecomán o la violencia con armas en los Estados Unidos? ¿Cómo, cada uno de nosotros puede convertirse en misioneros de paz y tranquilidad ahí en nuestras propias familias, nuestros pueblos y comunidades? ¿Cómo, cada uno de nosotros podemos convertirnos en misioneros animándonos los unos a los otros a ver más allá de nuestra propia mesa, dejar nuestra bolsa del dinero, como San Mateo, y dejar a un lado la corrupción, la violencia armada, para poder ver el dedo de Cristo apuntándonos a cada uno de nosotros personalmente y obligándonos a escuchar el mandato: “¡Ven, y sígueme!”

La respuesta empieza aquí - en la Eucaristía. En un pasaje famoso de una de las homilias de San Agustín, el dice “*Estole quod videtis, et accipite quod estis.*” más o menos se traduce así “Sé lo que ves, y recibe lo que eres.”

El maestro de Patrística Padre William Harmless, S.J. sugiere que San Agustín tenía una fascinación profunda con la conexión que San Pablo hacía entre el Cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía y el cuerpo de Cristo reunido para la alabanza. En la alabanza, no sólo recibimos el Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador Jesucristo en toda su humanidad y en toda su divinidad, si no que también recibimos a nuestro hermanos y hermanas, todos aquellos con los que alabamos y hacemos oración.

Con razón nuestro Catecismo de la Iglesia Católica en el párrafo mil trescientos noventa y seis específicamente cita a San Agustín, diciendo: “Si ustedes son el cuerpo y miembros de Cristo, por lo tanto es su sacramento lo que ponemos sobre la mesa del Señor: es su sacramento lo que ustedes reciben. A lo cual nosotros respondemos ‘Amén’ (¡sí, es verdad!) y al responder así, afirmamos lo que decimos.” Este párrafo del Catecismo concluye diciendo: “Sé, entonces un miembro del Cuerpo de Cristo para que tu *amén* sea verdadero”

Permítanme terminar agradeciéndoles a cada uno de ustedes. Gracias por su deseo de seguir a Jesucristo. Gracias por su deseo de ser quienes son el Cuerpo y la Sangre de Cristo- no solo los unos para los otros, si no para todos lo que están a su alrededor,

aquellos que viven en la tinieblas, aquellos que luchan en contra de la violencia, aquellos que anhelan la paz y la tranquilidad, aquellos que desean vivir una vida digna del llamado como hijos de Dios, en la cual todo hombre y toda mujer han sido creados.

Gracias por su deseo de alimentar a sus hermanos y hermanas en los Estados Unidos. Gracias por mostrarle a Jesús Alatorre cómo seguir a Jesucristo durante sus años de formación aquí en el seminario de Colima y siempre orientándolo a alimentar a los demás con la Eucaristía. Gracias por enviarlo como misionero. Gracias por enviar a innumerables misioneros que en ocasiones llegan a nosotros como inmigrantes y trabajadores migrantes. Gracias por su regalo de la fe que enriquece y renueva la Iglesia Católica en los Estados Unidos. Gracias por responder al llamado de Jesucristo, “¡Ven, y sígueme!”